

## VAN GOGH

Italia, 1957

Por una parte, hoy sufre Van Gogh una de esas terribles glorias que los públicos, de vez en cuando, están dispuestos a dejar caer bárbara y despiadadamente sobre tal o cual genio verdadero y, por otra, también le llegan -de pintores sobre todo- violentas negaciones, odios, repugnancias. Lo curioso es que estos dos bandos contrarios, que sentencian lo contrario, tengan de Van Gogh una misma imagen. La popularidad y la impopularidad de su pintura se deben a una misma visión de ella; exaltadores y negadores verán, en esta superficie animada que se les dijo ser el cuadro, una misma fisonomía vibrante, rara, inesperada. Es más, estos dos grupos contrarios, no sólo parecen tener una misma visión, sino una misma apreciación de esa obra, es decir, que *piensan* de ella, en realidad, lo mismo, aunque unos se decidan por el amor y otros por el odio. Piensan lo mismo al suponer que la obra de Van Gogh es eso: una fisonomía, una fisonomía disparatada o genial. Y cuando alguien, más atento, comprende que la pintura de Van Gogh no es una fisonomía y logra ir más allá, todos aquellos valores que se tropieza los hace, aún, depender de esa fisonomía exterior, lo que significa que ha roto y penetrado la corteza deslumbradora del rostro singular, pero que no ha podido renunciar a él. Y para ver la obra de Van Gogh, para tocarla, es necesario renunciar al rostro que presenta. No es fácil, porque este rostro, en sí mismo, es ya casi una obra, pero será necesario renunciar, ya que su desmesurada belleza evidente, presente, generosamente extendida sobre la tela, nos impediría llegar hasta el centro más vivo, no porque lo oculte -como si fuera una máscara-, sino porque ese rostro está situado... *antes*, y podría enamorarnos, bastarnos, equivocarnos. Y quizá se trate -¿por qué no?- de una especie de máscara, sólo que no sería una de esas máscaras ocultadoras, disimuladoras de algo, como las solemos concebir, sino una máscara expresiva, activa, que quiere, precisamente, revelar, decir a gritos todo aquello que, desnuda, en su desnudez directa, no entiende nadie, no escucha nadie. Van Gogh dispone de poco tiempo, tiene prisa, una prisa dramática, trágica, por decirnos unas cuantas cosas... sabidas, conocidas, no nuevas, o mejor dicho, nuevas como el mundo; necesitará, por lo tanto, un lenguaje, una máscara como un lenguaje, y mirará en torno, buscará, porque él no quiere inventar una lengua nueva -como se ha podido creer-, sino decir cosas antiguas con no importa qué lengua; sólo que miró en torno y comprendió que los lenguajes estaban gastados, desgastados, más aún, alterados. Por eso, en un esfuerzo de loco creó un lenguaje, una máscara que era un lenguaje; resultó ser un rostro tan hermoso en sí mismo, tan vivo, tan intenso, que pudimos tomarlo por su obra verdadera. Pero no era su obra, sino su hazaña, el rostro de su hazaña. Es una hazaña descomunal, heroica, pero que no ha sido emprendida, cumplida para *valer*, sino para alcanzar lo valioso. No se trata de un rostro *moderno* -como se piensa-, sino de un rostro... *provisional*; sin negarlo, renunciemos a él, a su frenética belleza, entremos hasta su alma y encontraremos su alma antigua, de pintor antiguo, no un descendiente de Rembrandt, sino *un igual* suyo; y si nos quedara tiempo, después de haber llegado a su interior, salgamos retrocediendo hasta su rostro y admiremos su singularidad. De esta manera no podremos caer en ninguno de esos dos errores que lo convierten en una fisonomía genial o pecadora, pero igualmente plana. Van Gogh no es una fisonomía, sino una voz, una voz que viene a decirnos cosas antiguas, sabidas, pero que nadie oye; viene a decirnos que la realidad -no una interpretación nueva, inédita, de la realidad-

que la realidad de siempre está *aquí*, pidiéndonos ser reconocida. Van Gogh viene a llamarnos la atención sobre tal almendro, o tal ciprés, o tal puente, o tal girasol, o tal silla, y a decirnos que no son cosas, sino seres, más aún, *personas* completas, almas en carne viva. Van Gogh es lo contrario de Cézanne; no viene, como viene Cézanne, a *pintar...* pintura y a fundar una *escuela* de pintura, la *academia moderna* de la pintura, aprovechando para ello los elementos de la realidad, confundiéndolos, hundiéndolos en la igualatoria cazuela de la pintura, sino a señalar, a destacar, a diferenciar unos seres de otros, unas almas de otras. Lo que más tarde se llamará su estilo, se tomará por su estilo, es ese trazado suyo tan visible (hecho unas veces con azul prusia y otras con carmín), es ese subrayado, ese contorno implacable -que tampoco es aquí ya dibujo-, y que no es, desde luego, estilo, sino más bien una especie de violencia amorosa -algo así como un... *rapto*-, que Van Gogh no tuviera más remedio que cumplir, que llevar a cabo con la realidad misma para poder llevársela consigo a... salvarla; es la huella, es el arañazo que no pudo, el pobre, evitar en su desesperado afán de redentor